

CAPÍTULO 1

La puerta de la cafetería se abrió por enésima vez dando paso a otra ráfaga de aire caliente que provocó que algunos clientes giraran la cabeza molestos.

El aire acondicionado del local funcionaba a toda marcha, aliviando un poco el sofocante calor de aquel jueves de la primera quincena de julio. Hacía años que Barcelona no sufría una ola tan intensa que obligara a los transeúntes a buscar refugio en lugares frescos y sombreados. A las diez de la mañana el calor ya era infernal y los turistas y nativos que se veían forzados a salir de sus casas, parecían ser las únicas personas con el valor suficiente para pisar unas calles en las que el asfalto se derretía bajo las suelas de los zapatos. Unas personas que vestían la ropa justa para atenerse a las reglas sociales del pudor, y aun así, los cuerpos semidesnudos desprendían un acre y denso sudor que no sólo resultaba molesto, sino que, además, imponía una asquerosa sensación pegajosa. Se mirara hacia donde se mirara, la tónica habitual era la misma. Pasos cansinos, comentarios ahogados y una fatiga general que sólo parecía encontrar consuelo bajo el chorro de una ducha fría.

Las imágenes que se observaban a través del televisor hacía días que eran escalofriantes. Gente metiéndose en las fuentes públicas, termómetros que sobrepasaban los

cuarenta grados, ancianos y niños atendidos de urgencia en todos los hospitales del país. Ventiladores y aparatos de aire acondicionado agotados en todos los comercios del territorio.

Hasta los pocos perros y gatos que pululaban por la ciudad, huérfanos de hogar, acusaban el tremendo calor tumbándose por las esquinas. Buscaban una sombra que en poco aliviaba el malestar que padecían, vencidos ya en la lucha contra el clima, como si no les importara lo más mínimo que alguien los atrapara y los encerrara en una jaula, si con ello conseguían un poco de sosiego.

Sentada frente a Ángela, en la mesa que estaba colocada en un rincón al fondo del local, degustando lánguidamente un delicioso granizado de café, Mar miraba a través de la ventana. Se abanicaba con pereza el acalorado rostro con uno de esos folletos de publicidad que, como si ya formaran parte del conjunto, se encontraban a pesar de uno mismo dentro del periódico.

Pensaba que si no fuera porque aquella inusual temperatura ya alcanzaba visos cercanos al desastre, resultaba casi cómico observar a la gente que entraba en la cafetería, resoplando como bueyes al encontrar un poco de aire fresco que llevar a los castigados pulmones, mientras se dirigían con pasos acelerados hacia la barra reclamando algo helado que echarse al coleteo.

El personal del establecimiento no daba abasto reponiendo neveras para disponer siempre de bebidas frescas y los barriles de cerveza se vaciaban a una velocidad asombrosa.

La clientela habitual resollaba agobiada y sedienta, y todo el mundo se quejaba del calor que tenía que soportar.

El hombre que atravesó la puerta no fue una excepción.

Bufó sonoramente y echó un vistazo alrededor como si buscara a alguien. Paseó la vista en un pretendido sondeo indiferente, aunque sus vigilantes ojos se detuvieron por una milésima de segundo en la mesa donde las dos mujeres permanecían en silencio. Con un imperceptible gesto de asentimiento, se dirigió hacia la barra y esperó pacientemente a ser atendido.

Mar desvió la vista de la ventana. Observó al hombre mientras el sonido de las diversas conversaciones y el entrechocar de las cucharillas contra la loza de las tazas y el cristal de las botellas se mezclaba con el ajetreo del ir y venir de los camareros. Eficientes, los mozos atendían a los clientes con una cordial sonrisa en los labios, al tiempo que recogían los servicios de las mesas desocupadas, limpiando las brillantes superficies de madera barnizada con pulcras bayetas.

Si el cálculo de Mar no fallaba –cosa que casi nunca hacía–, aquel hombre de cortísimo pelo negro que en ese momento mesaba distraído con un gesto cansado y que se hallaba de medio perfil, medía alrededor de un metro ochenta de estatura. El pantalón azul marino de fina tela veraniega se le ceñía a las piernas como un guante, dibujando unas caderas estrechas y unos muslos bien formados. La ancha espalda se apreciaba musculosa bajo la camisa celeste con las mangas enrolladas a la altura de los codos, de la que sobresalían unos antebrazos fuertes y bronceados.

Alrededor de la treintena, pensó, al ver cómo metía los dedos entre el cuello de la camisa, aflojando la cor-

bata de color granate con finas rayas celestes como si el nudo le estuviera ahogando.

Mar le registró en su tabla personal como un hombre atractivo, recio y de porte dinámico. El tipo de hombre que encajaba en sus gustos y aunque pudiera adivinar que era algo mayor que él, ese dato carecía de importancia.

–Ejemplar medio-alto a las dos –murmuró en voz alta apartando con un ademán impaciente el rebelde rizo negro que se empeñaba en caerle sobre el ojo derecho.

Sentada frente a ella y de espaldas a la puerta, Ángela levantó la cabeza desviando así la atención del artículo del periódico que leía en ese instante. Se giró en la dirección que Mar le indicaba con un gesto de la barbilla. Contempló en silencio el ejemplar en cuestión y volvió de nuevo a su postura original, luciendo en la boca una enorme sonrisa traviesa.

–No está nada mal –replicó con una mueca burlona–. Es un muñequito muy mono. Yo le calificaría como alto riesgo.

Mar asintió con un gesto ratificando la apreciación de Ángela.

Además de compañeras de trabajo, eran buenas amigas y durante ese descanso diario de treinta minutos, mientras desayunaban y repasaban la prensa del día, se dedicaban ocasionalmente a calificar a los hombres que entraban y salían del local, catalogándolos de ejemplares con diferentes tipos de riesgo. Muy bajo, bajo, medio, medio alto y alto, eran los baremos que empleaban para clasificarlos. Se trataba de un modo de desconectar de la rutina y la tensión del trabajo y lo practicaban por la pura diversión femenina que surge cuando el tema a discutir es

el género masculino. Se trataba simplemente de un juego en el que se metían por deporte y ganas de reír, y en el que por lo menos una vez –que ambas recordaban con humor–, Ángela había cosechado una noche de ensueño con un impresionante tipo que se salió del baremo y aún les costaba calificar. La lástima fue que el hombre, un guapo holandés que estaba de paso por negocios, desapareció de su dormitorio tan rápido como había aparecido. A Ángela aún le daba un ataque de risa cuando recordaba que, al despertar sola en su cama y del holandés no quedaba ni rastro, se había pegado un hartón de fresas con nata y chocolate caliente para compensar el desaire.

–No hay nada en el mundo que una buena dosis de azúcar no pueda solucionar –lo dijo tan convencida que Mar pensó que aquello era filosofía “Angelical” en estado puro–. Además, cuando le vi desnudo dejé de recordar hasta mi nombre. Era tan grande que un sexto asalto hubiera sido demasiado incluso para mí. Está bien así.

Mar y Ángela se habían conocido tres años atrás, cuando Mar se había incorporado a la empresa para cubrir la vacante de secretaria personal de la jefa de ventas del departamento comercial. Ángela trabajaba como secretaria personal del jefe de recursos humanos de la misma empresa.

Congeniaron rápidamente y se volvieron casi inseparables.

Ángela poseía una personalidad abierta y decidida. Con el pelo negro recogido en un desenfadado moño que potenciaba el atractivo de sus bronceadas facciones maquilladas discretamente y de pequeña estatura –un metro sesenta, hecho del que se quejaba continuamente–,

se montaba sobre altos tacones para ganar algunos centímetros. Aunque su rasgo más llamativo eran los ojos, de un cristalino azul que parecían el mismísimo océano y que casi siempre delataban lo que pensaba. Solía vestir su figura esbelta con modelitos atrevidos que dejaban entrever los pechos plenos y las delgadas piernas. Vivaracha y siempre con una sonrisa en los labios, a Mar le encantaba su compañía. Era la confidente perfecta y a pesar de su carácter impertinente, una amiga leal y cariñosa.

–A ver si se vuelve –dijo Mar sin poder ocultar su curiosidad.

–Es guapo –comentó Ángela como si fuera la guardiana de un gran secreto.

–¿Le conoces? –Entornó los ojos con sospecha.

–No –replicó sonriendo a la par que cerraba el periódico. Se inclinó sobre la mesa para cuchichear en tono conspiratorio–. Pero creo que trabaja en el banco de enfrente de nuestro edificio.

–Es la primera vez que le veo.

–Porque no te habrás fijado. Hace unos días que ronda por aquí. No creo que lleve mucho tiempo por la zona, un par de semanas tal vez. –Cogió el largo vaso y sorbió ruidosamente a través de la pajita de su granizado de limón.

–Pues no me habías dicho nada –la acusó Mar–. Y... ¿ya sabes como se llama?

Ángela negó con un gesto ignorando la ironía en el tono de su amiga.

–Chica, ya sé que tengo fama de ser la gaceta de la empresa –sentenció burlona guiñando el ojo con picardía–, pero mis tentáculos no llegan tan lejos.

Mar sonrió humorísticamente.

–Eso sí que es raro en ti.

–Si tanto te interesa, levántate y pregúntaselo –la retó.

–No me interesa y no hace falta que me levante.

Ángela se giró de nuevo para comprobar por qué Mar, de repente, había esbozado una mueca divertida.

El ejemplar se dirigía directamente hacia ellas con una cerveza sin alcohol en la mano. No era necesario ser clarividente para darse cuenta de sus intenciones, por lo que tan pronto llegó hasta la mesa, ambas le miraron intrigadas, esperando ver cómo se desenvolvía.

–Hola –saludó el hombre en tono festivo–. ¿Puedo sentarme?

Mar arqueó la ceja derecha ante el desparpajo de aquel tipo. Miró a Ángela, que intentaba contener la sonrisa que le bailaba en la comisura de los labios.

–Sí, cómo no –accedió Ángela, señalando la silla vacía a modo de invitación.

Él la apartó, dejó la botella sobre la mesa y se sentó resoplando.

–¡Qué calor! –se quejó con una mueca, como si pensara que la frase ya era tan famosa como la canción del verano–. Soy Hugo. –Tendió la mano hacia Ángela.

–Encantada. Yo soy Ángela y ella Mar.

–Encantado Ángela. Mar, lo mismo digo. –Tomó la mano que ella le tendía.

Tal vez el contacto duró unos segundos más de lo que las normas de cortesía establecían, pero Hugo la retuvo entre la suya con una encantadora sonrisa que iluminó sus oscuros ojos color chocolate.

–Bueno, contadme –señaló–. ¿Dónde trabajáis? ¿Venís mucho por aquí?

–Prácticamente a diario –dijo Ángela–. Trabajamos en la aseguradora de aquí detrás.

–Vaya, ¡qué casualidad! Yo trabajo en el edificio de enfrente.

Ángela miró a Mar con una expresión triunfante, del tipo “te lo dije”.

–¿En el banco? –curioseó Ángela muy ufana.

–No. –Él acompañó la negación con un gesto de la cabeza–. En un despacho de abogados.

–¿Eres abogado? –Mar no pudo disimular su sorpresa.

–Sí. –La miró extrañado–. ¿No doy la talla?

–Sin ánimo de ofender, no tienes pinta de tiburón.

Hugo soltó una corta carcajada al escuchar el tópico.

–Bueno. –Se encogió de hombros–. Siento decepcionarte.

–Pero no hace mucho que estás por la zona ¿verdad? –terció Ángela.

–Me ficharon hace quince días –confirmó.

Mar se vio obligada a sujetar la risa que pugnaba por acudir a su boca. Miró de reojo a Ángela que, satisfecha consigo misma, lucía la sonrisa de un Buda, cargada de completa inocencia.

–Así que soléis desayunar aquí –continuó Hugo.

–No –saltó Ángela con rapidez–, aquí venimos a catalogar machotes.

Automáticamente, Mar lanzó la pierna para darle una patada por debajo de la mesa, pero como Ángela esperaba esa reacción, movió con rapidez la parte baja del cuerpo y esquivó el golpe. La miró elocuentemente y Mar leyó en las pupilas de su supuesta amiga el mensaje.

“Este va a por ti”.

Una cómica perplejidad se reflejó en los rasgos de Hugo al contemplar la patente maniobra.

–Da igual, déjalo –añadió Ángela haciendo un gesto despectivo con la mano.

–Eso, déjalo –masculló Mar fulminando a su amiga con los ojos.

Si el dicho fuera cierto, ya debería haber muerto.

Él las observó con cautela, primero a una y luego a la otra y optó por encogerse de hombros. Se bebió media cerveza de un trago, resuelto a ignorar el indescifrable tejemaneje femenino.

Al día siguiente, a las nueve y un minuto de la mañana, cuando apenas había llegado a su puesto de trabajo y para su sorpresa, Hugo la llamó para invitarla a cenar. Si a Mar le hubiera caído una vaca del cielo, se hubiera asombrado menos que al recibir la llamada. Desconcertada, le preguntó cómo rayos la había localizado tan rápidamente, a lo que él contestó que había recurrido a su encanto para que la recepcionista le comunicara con ella. A medio camino entre la risa y la ira por la insolente desfachatez, Mar replicó que lo pensaría.

–¿Qué tienes que pensar? –inquirió Hugo en tono bajo, como si todavía no estuviera despierto del todo–. Simplemente di que sí.

Tan pronto como colgó el teléfono, Mar apretó el botón de comunicación interna y llamó a Ángela.

–Hugo me ha invitado a salir mañana –escupió a bocajarro.

–Para ese tipo de noticias, por favor llame a partir de las doce del mediodía –respondió imitando la voz de un contestador automático–. A esta hora nuestro cerebro aún permanece desconectado.

–Idiota.

–Habrás aceptado ¿no?

–Le he dicho que me llame más tarde.

–Pero le dirás que sí –señaló esperanzada.

–No veo por qué debo hacerlo.

–¿Cómo que por qué? –preguntó incrédula–. Porque es un tío, porque está bueno, porque hace tiempo que no sales con nadie...

–¿No es muy joven?

–Porque es joven y simpático –siguió, ignorando la objeción–, porque es un tío (creo que eso ya lo he dicho) y porque después de seis meses de no comerte una rosca debes de tener telarañas en... bueno, ahí.

–¡Vete a la porra!

A veces la exasperaba el humor de Ángela.

Poseía la capacidad de convertir la conversación más seria, en una absurda sarta de despropósitos como si de una ridícula opereta se tratara. Si en vez de estar cada una en la antesala del despacho de sus respectivos jefes la tuviera delante, ya le hubiera tirado la grapadora.

–Pero vamos a ver, ¿tú no eres la defensora del *Carpe Diem*?

–Sí, pero...

–¡Nada de “peros”! ¿O es que ahora te has vuelto mo-jigata?

–No soy mo-jigata –espetó Mar rabiosa–. Pero no me apetece liarme con otro tío.

–Oye, que no te estoy diciendo que te cases con él, sólo que le metas en tu cama –le aclaró inmisericorde.

–¿Qué parte del “no me apetece”, es la que no entiendes?

El sonoro bufido que Ángela dejó escapar le retumbó como un trueno en el oído.

–Estás tonta. Mira que está como un tren ¿eh?

–Sí, ya sé que tiene pito.

–Está bien. Si no quieres, pues nada. Pero pienso que te equivocas. Creo que por probar no pierdes nada.

–El tiempo –contestó rápidamente.

–Eres imposible –murmuró Ángela antes de colgarle bruscamente el teléfono.

Cuando dejó el auricular en su sitio, pensó que tal vez Ángela tuviera razón, pero también era cierto que no tenía ganas de embarcarse en ningún tipo de relación, por lo menos, de momento. Una lástima, ya que realmente el chico le caía bien. Era guapo y estaba muy bien físicamente. Posiblemente Hugo sólo esperaba una noche loca y, aunque ella no tenía nada en contra de practicar sexo por el puro placer de hacerlo, empezaba a estar cansada de mezclarse en aventuras que ya no la emocionaban.

Harta de encuentros que no tenían más sentido que el atractivo de la seducción y que perdían el encanto tan pronto como el desvarío se esfumaba.

Después... el vacío.

El regreso a la realidad y vuelta a empezar.

No era que ella buscara o necesitara una pareja estable. Ni siquiera un compañero que le reportara equilibrio emocional. Pero sí anhelaba la ilusión de una fantasía. El signo de un minuto en el que el mundo dejaba de

girar y el cuerpo y la mente se unían para forjar el sueño de una utopía.

Y, lamentablemente, su instinto le decía que Hugo no era esa utopía.

Por ese motivo, con mucha sutileza, rechazó la invitación cuando la llamó de nuevo cerca del mediodía. Escuchó la decepción en la voz masculina, pero mantuvo con firmeza su negativa ante la insistencia de él al repetir la invitación, alegando que si no podía ser el viernes, quizá sí el sábado.

Como Mar continuó negándose, Hugo, claudicó...

Claudicó ese día, porque al siguiente y los que llegaron detrás no cejó en su empeño.

Mar llegó a pensar, indignada, que ese hombre poseía un extraño radar que le advertía de su presencia, porque nada más poner los pies en la cafetería ¡zas! aparecía él con una enorme y tentadora sonrisa, ya fuera a la hora del desayuno, o bien en el almuerzo, que descaradamente compartía con ellas.

Desde luego debía reconocer que el tesón de Hugo era legendario. No se cansaba de intentar conquistarla, ya fuera con flores y bombones o planeando salidas a lugares verdaderamente sugerentes.

Mar ya no sabía cómo rehuir las invitaciones sin mostrarse grosera. Lo cierto era que le gustaban las atenciones de Hugo. Pero por más que le mirara atentamente, no sentía la química necesaria para ceder a sus encantos.

Ángela, como una espectadora entusiasmada ante la llegada del circo, lo contemplaba todo muerta de risa.

—Anda, dale al muchacho una oportunidad —le decía divertida, una más de las enésimas ocasiones en las que Mar le había rechazado—. Es encantador y totalmente inofensivo.

—Ya lo sé —rezongó—. Eso es lo peor, que es encantador.

Algo más de tres semanas después de conocerle y medio loca ya por su insistencia, al final consintió salir a cenar con él.

A Hugo se le abrieron los ojos como platos, totalmente sorprendido de que su estrategia de ataque y derribo hubiera dado frutos.

Sonrió ampliamente emocionado.

—¿Dónde te apetece ir a cenar? —preguntó solícito, cediéndole la posibilidad de escoger un lugar que a ella le agradara.

—Elige tú —respondió sin poder creer que se estuviera metiendo en aquel lío.

—Chicos. —Ángela interrumpió la conversación—. Tengo un par de cosillas que hacer antes de volver al trabajo. Me voy. Nos vemos luego.

Mar valoró que por una vez, su amiga se retirara sin hacer chistes sobre la incómoda situación.

—Hasta luego —la despidieron ambos a la vez.

Cuando Ángela hubo partido, se enfrascaron en planear la cita.

Hugo propuso varias actividades, pero Mar las rebatió una tras otra.

—¿Qué te parece si primero cenamos y luego decidimos sobre la marcha?

Él la miró con los ojos cargados de intención.

–Me parece perfecto.

–No te equivoques –dijo Mar en tono de advertencia meneando la cabeza.

Hugo alzó las manos en señal de rendición.

Mientras se maquillaba el sábado por la noche, Mar se preguntaba, una vez más, qué demonios hacía ella preparándose para una cita que posiblemente acabaría en desastre.

Se vistió ante el espejo de cuerpo entero del armario y se contempló girando sobre sí misma, comprobando su aspecto. La imagen que éste le devolvió fue la de una mujer de pelo negro que caía en rebeldes rizos sobre los hombros. Los ojos de un verde intenso y los labios llenos, pintados de un suave tono marrón bajo la nariz levemente respingona. La camiseta color pardo de finos tirantes realzaba el contorno de los senos y el pantalón de suave lino beis, se ajustaba a las caderas como un guante, aportando a su metro setenta la esbeltez necesaria para sentirse atractiva.

Se calzó unas sandalias cuya suela era una delgada capa de cuero, totalmente planas y con finas tiras que dejaban al descubierto casi la totalidad de los pies.

Había cedido, sí. Pero sólo esa vez.

Estaba firmemente decidida a hacer entender a Hugo que, aunque le encontraba agradable y simpático, no tenía ninguna intención de mantener una relación amorosa con él.

Amistad, quizá.

Ella podía concederle eso.

Pero no quería una pareja, novio o amante.

Se hallaba en una fase que ella definía como “de desintoxicación”. Quería estar sola, salir a divertirse cuando se le antojara, enfrascarse en su lectura favorita y, en definitiva, hacer lo que le diera la gana sin tener que preocuparse por un hombre que reclamara continuamente su atención.

Y debía hacérselo entender a Hugo.

Desde luego, no podía decirle que no la atraía sexualmente ya que no era del todo cierto. Como tampoco estaba dispuesta a decirle que no era la fantasía que anhelaba.

Entre otras cosas porque precisamente, tampoco ella, había descifrado aún con claridad lo que esperaba.

Miró el fondo de sus ojos y por un momento pensó si no se estaría equivocando al permitirse soñar con una quimera.

La estrellada noche del primer fin de semana de agosto se presentaba calurosa, por lo que optaron por sentarse en la terraza posterior del restaurante, situada en un pequeño patio rodeado de jazmines que desprendían su fragante aroma.

A Mar, en realidad, no le sorprendió el ambiente íntimo del lugar que Hugo había escogido. Varias parejas cenaban tranquilamente, mientras charlaban al compás de la romántica música que sonaba bajita desde los pequeños altavoces diseminados por todo el patio. La melodía era acompañada de vez en cuando por el casi inau-

dible sonido de algún mosquito al estrellarse contra las fosforescentes lámparas antiinsectos.

Casi gruñó para sus adentros presa de la culpabilidad al pensar que Hugo intentaba por todos los medios seducirla y aunque le resultara muy tentador, no estaba dispuesta a ceder.

Lo sentía mucho.

De verdad.

Por él.

Pero el pobre no tenía la más mínima posibilidad ni aunque le ofreciera la hermosa luna llena que brillaba esa noche.

Después de leer la carta con atención, se deleitaron con un entrante de pasta italiana, para luego atacar, en el caso de Hugo un jugoso y sangrante entrecot, que a ella le removió las tripas, y una sabrosa tostada cargada de roja sobrasada con queso fundido que hizo las delicias de su paladar. Compartieron una botella de rioja que ambos degustaron con placer mientras conversaban de naderías.

Debía admitir que esa noche Hugo estaba especialmente guapo. Acostumbrada a verle con ropa de corte clásico –camisas, pantalones y corbata principalmente– que formaban parte, por así decirlo, de su uniforme de trabajo, se sorprendió muy agradablemente al verle vestido con vaqueros azules, camiseta negra y sandalias mallorquinas.

Mar descubrió que se sentía cómoda con él, realmente era un hombre divertido y seductor.

–¿Habéis decidido ya lo de las vacaciones o no? –preguntó Hugo, antes de llevarse un trozo de carne a la boca.

Tanto Mar como Ángela comenzaban al final de esa semana el período vacacional de veintiún días. La sema-

na anterior se les había ocurrido la brillante idea de hacer un crucero por las islas Griegas. Lo que no habían tenido en cuenta era que la temporada estaba en pleno apogeo y no quedaban plazas libres. Un lapsus que sólo demostraba que en realidad ninguna de las dos había pensado en las vacaciones.

–No –contestó arrugando la nariz–. Prácticamente está todo completo, así que nos quedamos aquí.

–Habéis despertado muy tarde.

–Ya –asintió con un leve encogimiento de hombros. Hugo carraspeó.

–He sacado el tema porque tengo una oferta. –Mar le miró de manera interrogante–. Esperaba comentártelo a ti primero y si te parece bien, se lo decimos a Ángela.

–Sigue –le animó al percibir la duda de su voz.

–Mis padres tienen una casita en el Valle de Arán. Está libre porque este año han ido de visita familiar a Andalucía y había pensado que tal vez la podáis ocupar vosotras el tiempo que queráis. Ya sé que no es un crucero...

–Gracias –dijo sorprendida por la generosa propuesta–. Pero no tienes porqué hacerlo.

–Lo sé, el que habla es mi lado egoísta. –Sonrió burlesco–. Así tengo un pretexto para escapar los fines de semana y descansar un poco. Piénsalo y si te decides se lo comentamos a Ángela.

–Está bien, lo pensaré.

–Bueno cuenta, ¿has salido con muchos chicos? –comentó zanjando el tema.

–Con algunos hombres, sí –le picó ante la diferencia de cinco años que se llevaban.

Él sonrió, haciendo caso omiso de la pulla.

–¿Y tú? –preguntó ella a su vez.

–No acostumbro a salir con hombres –replicó Hugo humorísticamente–. En todo caso me ducho con ellos en los vestuarios del equipo.

–Anda, no me habías dicho nada. ¿Qué equipo?

–Juego a fútbol-sala. ¿Por qué no vienes mañana al partido? Es un amistoso, la excusa perfecta para luego ir a comer por ahí y despedirnos hasta después de vacaciones.

Aquello era peligroso, pensó Mar, quedar de nuevo con él para ir a ver a un montón de hombres sudorosos con las camisetas pegadas al cuerpo y los pantalones ciñéndose al trasero...

–Vale. ¿A qué hora?

–A las nueve de la mañana.

–¿Tan pronto? –exclamó horrorizada–. A esa hora aún estoy en el primer sueño. ¿A qué clase de degenerado se le ocurre poner un partido a esa hora un domingo por la mañana?

Hugo encogió los hombros.

–Sí quieres paso a recogerte –se ofreció.

–No, no –negó Mar con vehemencia–, mejor me dices dónde tengo que ir y si me levanto, me acerco, no vaya a ser que por mi culpa te pierdas el partido.

–Como quieras.

No se levantó.

Apagó de un manotazo el despertador, que sonó a las ocho, se dio la vuelta en la cama y siguió durmiendo a pierna suelta.

Como tampoco fue al cine cuando él lo propuso después de cenar, pero sí accedió a tomar una copa y seguir charlando en alguno de los bares del Pueblo Español.

Pese a todos los habitantes que habían huído casi despavoridos de la ciudad, la marea de personas que se movía por aquella zona no dejaba de ser asombrosa. Por el alboroto parecían las doce del mediodía en vez de la medianoche. A su alrededor, Mar podía escuchar multitud de idiomas diferentes y distinguir de un sólo vistazo a los turistas de los autóctonos.

Lo comentó en voz alta y se partió de risa al escuchar el pitorreo con el que Hugo contestó.

–Les delata el color rojo gamba y las sandalias con calcetines.

Mientras paseaban por el recinto creado en 1929 con motivo de la Exposición Universal –ideado como un museo arquitectónico al aire libre, donde se reproducían a escala diferentes lugares representativos del país, con sus talleres artesanales, discotecas, restaurantes, exposiciones de obras de arte, esculturas, espectáculos...–, una pareja con el carrito de su bebé, abandonó la mesa de la terracita en la que estaban sentados.

Hugo y Mar aprovecharon la ocasión para ocupar su lugar.

Mar echó un vistazo alrededor después de pedir un whisky y Hugo un ron con cola. El ambiente era puramente veraniego. El constante rumor de voces y el colorido de los ropajes de la gente, ponía una nota alegre en la calurosa noche. Sintió en su propia piel la humedad empalagosa que aún a esa altura sobre el nivel del mar llegaba hasta ella. Se arrepintió con un moderado suspiro de no haber hecho caso al primer impulso de recogerse la melena en una coleta. Probablemente no sentiría el sudor empapando su nuca, haciéndole desear una ducha fría.

–¿Por qué no quieres salir conmigo? –La voz de Hugo, de repente en un tono grave, la devolvió a la realidad.

–Estoy saliendo contigo.

–Ya sabes a qué me refiero. –Meneó la cabeza mostrando que esa no era la respuesta que esperaba.

–Sí, sé a lo que te refieres. –Y decidió quitarle hierro al asunto–. Mira no eres tú, soy yo.

Ambos sonrieron ante esa frase tan manida y ridícula.

–No, en serio. Ahora mismo no quiero embarcarme en una aventura. Estoy bien así. Me apetece estar una temporada sola, a mi aire, y aunque eres un tipo muy atractivo y encantador, no estoy preparada para mantener una relación. Ni siquiera de una noche.

Hugo abrió la boca para protestar.

–No. –Mar interrumpió el amago–. Ya sé que no buscas un rollo de una noche, no lo digo porque crea que sea tu intención. Al principio tal vez –reconoció–, pero ya no. Sólo lo comento para que comprendas que no esquivo tus atenciones porque no me gustas o cualquier otra razón que puedas pensar.

–¿Ni siquiera por la edad? –preguntó con una mueca en los labios.

–Ni siquiera por eso. Si realmente me apeteciera, te aseguro que no sería un impedimento. Simplemente... –se calló, pensativa durante unos segundos–. Lo cierto es que no lo sé. –Suspiró frustrada–. No soy tan idealista como para esperar al príncipe de mis sueños. –Sonrió al ver que él ponía los ojos en blanco–. Pero estoy cansada de salir con tipos que tarde o temprano me aburren.

–¿Cómo estás tan segura de que te aburrirías conmigo? –argumentó Hugo con aplastante lógica.

–No lo sé –contestó francamente–. Pero prefiero no correr el riesgo. Acéptalo. No es un buen momento para mí.

–De acuerdo, pero... ¿puedo hacerte una pregunta personal?

–Adelante.

–¿Qué esperas de un hombre?

Mar reflexionó durante otro momento.

–Como ya te he dicho, ahora mismo, no estoy muy segura. Supongo que tarde o temprano lo descubriré. Lo que sí sé es que estoy harta de echar polvos insustanciales con tíos que sólo me excitan mientras dura el coqueteo.

Hugo meneó la cabeza contrariado.

–Eso no me ayuda nada.

–Lo siento.

–Vamos, que ni siquiera te pone mi coqueteo –murmuró desilusionado.

Mar le miró intensamente, evaluando una réplica.

–¿Sinceramente?

–Por favor.

–Mentiría si dijera que no eres mi tipo. Pero el caso es que no deseo estar con nadie.

Él suspiró, casi reconfortado. La observó durante un instante y finalmente dijo:

–Entiendo. Vale. No insistiré más. Pero prométeme una cosa.

Ella asintió con un gesto.

–Si cambias de opinión, ¿me lo dirás?

–Te lo prometo. Serás el primero en saberlo.

Curiosamente, por esas extrañas cosas que tiene la vida, desde esa noche iniciaron una excelente relación

amistosa. Dispersa la nebulosa tensión del cortejo, fueron capaces de comportarse con camaradería.

En algunos momentos, Hugo la miraba con una luz de emoción que revelaba que se seguía sintiendo atraído por ella.

Aunque cumplió su promesa.

Finalmente tanto Ángela como ella –a pesar de un conato de resistencia inicial, porque sentía que abusaba de la generosidad de Hugo tras rechazarle, y que él rebatió con irritación–, aceptaron la oferta de pasar las vacaciones en el Valle de Arán. Tomaron el sol, pasearon, visitaron lugares desconocidos hasta entonces y Hugo les hizo compañía los fines de semana.

En cuanto llegaba a la acogedora casita de piedra y techo de pizarra negra, se dejaba caer derrengado sobre el sofá con el aspecto de un niño en busca de mimos y ellas, solícitas como madres cariñosas, le atendían con palabras cálidas y gestos de consuelo mientras él, cual jeque venerado se aprovechaba de ellas con una sonrisa desvalida.

Mar y Ángela se burlaban de él, haciéndole saber con absoluta claridad que su treta no las engañaba y que le permitían tomarse ciertas libertades solamente por su magnánima aportación. Y cuando Ángela le amenazaba con fingida cólera informándole de que pagaría cara su desfachatez, él contestaba haciendo pucheros que estaba muy cansado para preocuparse por las tareas domésticas.

Y así, el mes de agosto transcurrió plácidamente entre periodos de lectura, descanso, diversión y risas.

Pero inevitablemente septiembre llegó y con él, el momento de regresar a la rutina.

Continuaron viéndose a diario, en los ratos libres que sus respectivos trabajos les permitían y de vez en cuando, los tres, como colegas de aventuras, salían los fines de semana a disfrutar de noches de juerga.

Ángela se reía de las artes de seducción que Hugo desplegaba como una araña, tejiendo una fina red alrededor de alguna fémina a la que pretendía atrapar y cuando funcionaba, Mar elevaba la vista al cielo y le tendía las llaves del coche.

En otras ocasiones, Mar salía con él. Iban al cine en el Peugeot 206 de segunda mano de Hugo y se atracaban de palomitas hasta que casi les rebosaban por las orejas o pasaban la tarde del domingo en casa de ella, tirados en el sofá escuchando música y contándose secretos. Hugo era un buen oyente y ella sentía una singular tranquilidad a su lado. Muchas veces, en la soledad de su dormitorio se preguntaba por qué no podía enamorarse de él, cuando pensaba que era un ser admirable.

Tal vez si el destino fuera menos traicionero, podría haberla advertido hacia dónde la encaminaría su estrafularia amistad con Hugo.

Pero el destino es así de imprevisible.